

Estar constantemente frente al tablero observando los rostros de quienes se encuentran frente a él hace que se reformulen viejas preguntas y reaparezcan escondidos temores. El dialogo del docente con sus educandos es algo que se establece desde el poder de la oratoria, algo así como el manejo que quien lo dirige tiene de sí mismo, de lo que conoce y del público ante el cual intenta transmitir. En las Obras de San Agustín se visualiza una fuerte preocupación por comprender al hombre desde su interioridad con la finalidad de ligarlo a lo externo a la vez que éste, el hombre, comprenda la misión e importancia del Maestro Interior (Dios) dentro de su propia existencia. El Maestro es una de sus muchas obras escritas en la que a través de un dialogo consistente con su hijo Adeodato quien a la vez es su discípulo penetra al interior del lenguaje mismo cuestionando de manera directa y amorosa la labor de la enseñanza.

Encontramos tres temas vitales dentro del texto enmarcados en unos límites muy claros que se visitan unos a otros dentro de seis apartes que nos presenta Victorino Capanaga en su introducción y a su vez interpretación de la obra "Di Magistro", El Maestro: "El hombre interior y las palabras", "El educando y el Maestro como manipulador de los signos y palabras" y "La palabra de Dios como cultivador del árbol que interiormente crea". La segunda parte corresponde al dialogo sostenido por Agustín de Hipona con su hijo Adeodato quien como fiel discípulo escucha a su Maestro cuestionando de manera inteligente y compartiendo la filosofía y teología que éste a su vez le brinda en cada una de sus conversaciones, "Di Magistro" se hace aquí presente quien con amorosa atención por todo lo que su interlocutor tiene a bien objetar hace de la comprensión y el entendimiento una fuerte herramienta que termina por cuestionar ese indiscutible papel del Educador, Maestro o Docente cualquiera que sea su área, lugar y dirección, dentro de la vida de los educandos. La tercera parte corresponde a una breve y corta introducción al texto "Naturaleza y origen del alma" donde San Agustín a partir de su propio proceder nos regala otra nueva lección de vida y educación dada a partir de una provocación hecha por un laico y escritor de Mauritania llamado Vicente, quien finalmente se rinde a las razones de la inteligencia y el corazón dadas por Agustín a partir de su paciencia y comprensión.

Agustín nacido en Tagaste, norte del África, tiene hasta su edad adulta una vida normal como la de algunos de los congéneres de su época, aprovechando el tener una tranquila posición económica asume una postura disipada y un poco desordenada, los placeres corrientes están todos a la mano y éste los toma uno a uno teniendo la oportunidad de vivir y comprender el universo material y sus muchos caminos, será quizás por esto que con mayor autoridad nos habla desde el fondo de su corazón a través del “hombre interior y las palabras”. Planteando la “Pedagogía de la Interioridad”¹ a la que llega éste desde la observación del lenguaje y la construcción misma de las palabras y el signo. La fe, esperanza y caridad² serán los tres pilares iniciales que Agustín utilizará para si mismo y recomendará a todos los jóvenes enriquecerse con estas virtudes cristianas. En su búsqueda entiende que solo a través de una correcta comprensión de la gramática (ya que ésta compone el discurso verdadero)³ podría llegar a la esencia de ella: la palabra (así como a su interlocutor). El signo como elemento que forma parte de la palabra y el significante como resultado de esta relación llevan a comprender que más allá del lenguaje exterior signo y palabra pueden llevarnos a la persona que habla y la realidad de la que ésta habla, es su manera de decirnos que solo entenderemos al otro si comprendemos su realidad. Para esto propone tres clases de palabras: la exterior, la interior y el concepto engendrado, elevando así la comunicación y el lenguaje a conceptos más amplios y complejos de los cuales el ser humano en ocasiones no se hace conciente. La invitación que hace al decir que “Maestro y discípulo llegan a una misma conclusión” se da solamente cuando ambas personalidades son comprendidas y respetadas, llevando necesariamente a plantear al “homo interior”⁴ así como la capacidad del ser humano de relacionarse a través de la pedagogía del amor:

“Así, la palabra interior es una noticia con amor o una noticia amorosa cum amore notitia. Se piensa lo que se ama y se ama lo que se piensa. Las hablas interiores son obra del amor: el verbo está en el amor, y el amor en el verbo, y ambas cosas son el amante y el hablante”⁵.

Durante su etapa de juventud, de uno de sus encuentros amorosos con una joven nace Adeodato, quien ingresa a formar parte permanente de su vida. Para Agustín, su hijo al principio es solo producto de su debilidad humana tiempo después éste se convierte en esa luz que le permite encontrar el camino hacia una nueva comprensión de la misma. Convirtiéndose así en su primer y más importante discípulo muere más adelante dejando un Agustín desolado pero firme en sus convicciones y su doctrina. En el “Magistro”, Agustín, se muestra ante Adeodato como un Maestro que sabiamente primero escucha a su discípulo permitiéndole hacer presencia a su pensamiento y personalidad

¹ Sierra Rubio, Santiago, OSA, Educar en y para la interioridad, Reflexiones desde San Agustín, <http://www.mercaba.org/Fichas/ESPIRITUALIDAD/672-1.htm>, Martes 19 de agosto 9: 30 am.

² “Obras de San Agustín III Obras filosóficas”, Introducción al Maestro, La Editorial Católica S.A. PAG 578

³ OP. CIT. PAG 580

⁴ OP. CIT. PAG 579

⁵ OP. CIT. 594

para después lanzar pequeños cuestionamientos que le permitieran llegar solo a la luz y la comprensión de la verdad.

Su visión del “Maestro como manipulador de las palabras” lleva a pensar que éste es parte importante en la formación del concepto de la verdad para el discípulo, no porque el maestro lo determine⁶ directamente más bien porque en el valor de las palabras se encuentra escondida la posibilidad de aprender⁷, proceso en el cual existen tres relaciones o momentos: con la palabra exterior o del maestro, reflexión íntima o momento de verificación y por último su acercamiento con la verdad interior y superior. Insistiendo que llegar al punto de la verdad como tal sucede en el momento en que los hombres no la hacen de un lado u otro más bien la hacen subjetiva y participante dentro de sus propias realidades:

“El hombre no crea la verdad ni en sí mismo ni en los demás; sino la encuentra resplandeciendo ante sus ojos, en un ámbito vital ínter subjetivo que no es ni tuyo ni mío.”⁸

En esa búsqueda de la verdad, Agustín dice a Adeodato que es necesario que se convenza por sí mismo de las palabras de los otros para poder creer en ellas, esto solo sucederá una vez que crea, opine y dude para luego contradecir y negar llegando finalmente al lugar del aprendizaje.

El Agustín que habla en sus textos se permite a sí mismo exponer su verdad no sólo aquella que encuentra al lado de Dios, expone aquella que experimenta al lado de la vida de los hombres, esa misma que le permite dudar de todo aquello que asumió como propio, este Agustín nos presenta su verdad porque la presenció y se convenció de ella la cual quedó presente en cada uno de sus actos con los que se permitió enriquecer el mundo eclesial y laico. En su posición como obispo de Hipona (África) hace presencia el ser que ilumina con su sencillez y humildad las verdades y reflexiones necesarias para apoyar la vida ordinaria de los seres humanos. Por eso en su texto de la “Naturaleza y el origen del alma” nos encontramos con un ser que habla de las relaciones del alma con el cuerpo no solo como un ser idealista, como lo afirma Victorino Capanaga, ya que su propia experiencia de vida le permite colocar allí al cuerpo como elemento esencial e integrante de un ser completo.

Si bien el valor de las palabras no determina completamente su verdadero uso y tampoco el concepto de verdad, ellas entre otras cosas se convierten en elementos que se deben cuidar, especialmente cuando San Agustín dice a Adeodato:

“cuando no tenemos que decir algo es una tontería completa proferir palabra alguna, y creo que tu al hablar conmigo no dices cosas en vano.....”⁹

⁶ “Todas estas operaciones íntimas las realiza el discípulo, aunque le ha ayudado de algún modo el maestro, pero en realidad el **APRENDIZAJE es acto propio del discípulo.**” “Obras de San Agustín III Obras filosóficas”, Introducción al Maestro, La Editorial Católica S.A. PAG 587

⁷ OP.CIT PAG 587

⁸ OP.CIT.590

⁹ OP.CIT 603

El signo, significado, el nombre, la cosa y el conocimiento de ella son elementos de la gramática que fueron diseñados especialmente para permitir una adecuada comunicación entre los hombres, ellas en cualquier idioma o vocablo cumplen una función universal la cual en algún momento puede perderse por dar demasiado peso a algunos de estos elementos más que a otros. En el caso de la pedagogía es muy interesante observar como San Agustín a través de sus textos nos hace comprender el papel del verdadero Maestro al cual él nos invita a conocer: Jesús-Cristo, quien se hace presente no por su magnificencia y resplandor, más por encontrarse en el lugar interior de nuestra alma y espíritu, es por eso que no permite que a los maestros-humanos se les de este título porque si bien la doctrina y el magisterio externo lo ejercemos los hombres en cualquiera de nuestros roles de vida: padre, madre, docente, hermano o amigo, es el Maestro interno el que siempre se permitirá comunicarnos a partir de lecciones de vida la verdad que une a los hombres. Al hacer esto invita a su vez a ver en el otro su verdad y la realidad que le acompaña que no siempre es definible y alcanzable, sin embargo siempre será comprensible a los ojos de amor de la interioridad de la verdad que habla desde nuestros corazones. Esto seguramente como él lo dice enseña con la realidad misma, aquella que permite al discípulo recibir, analizar y concretar así como llegar a una conclusión y un aprendizaje.

Finalmente San Agustín nos hace comprender que los gestos son signos aunque no sean palabras comunican y significan, esto hace pensar que no solamente mediante la palabra se hace presencia ante el educando también mediante la corporalidad, así como afirma que la luz sin calor es fría, es decir mediante los gestos se comunican en ocasiones estados y momentos que el educando detecta por eso la única luz capaz de contrarrestar cualquier comunicación inadecuada en medio del proceso de aprendizaje que sale del Maestro al Discípulo será el creer en lo que hace porque lo conoce, teniendo fe en que el mensaje llegará a su interlocutor así como guardar la esperanza de que una semilla quedó allí sembrada y que solo mediante la paciencia y la compasión ella ayudada por la luz del Maestro Interior dejará brotar la planta que alimentará con nuevos frutos una mejor cotidianidad.